



Joan Subirats<sup>2</sup>

Comentar en  

En los clásicos balances de final de año, las referencias al escenario político español mostraban una evidente sensación de desasosiego e insatisfacción. Andrés Ortega, lo resumía así en el diario El País (29-12-2019): “estamos ante un fracaso de la política para atender las necesidades y expectativas de los ciudadanos”. Y constataba que, si bien nunca se había votado tanto, al mismo tiempo, nunca había habido un nivel de protesta y de insatisfacción tan alto con relación al funcionamiento de la democracia. La democracia es una sucesión de experiencias históricas nada fáciles, como afirma Nadia Urbinati: “la democracia nació al mismo tiempo que sus adversarios”. Pero, si bien todo ello es cierto, también lo es el hecho que últimamente han proliferado los ensayos que apuntan a que la crisis actual de la democracia es más bien aguda o incluso terminal.

Las razones que se esgrimen son de diverso tipo. Las más evidentes hacen referencia al cambio de época en el que estamos y que exigen adaptaciones no solo epidérmicas de los parámetros de funcionamiento de las democracias. Por otro lado, proliferan regímenes políticos que alteran los principios considerados esenciales de una democracia. Unos principios que, en palabras de Norberto Bobbio, exigen que, a los electores, se les ofrezcan alternativas reales de elección entre las que puedan escoger y, para que ello sea posible, han de estar en plena vigencia los derechos básicos, de expresión, de reunión, de asociación que permitan que cada individuo pueda determinar de manera autónoma su voluntad. La alteración y vulneración de esos principios es lo que provoca que se hable de conceptos que parecen, en sí mismos, contradictorios -como “democracias iliberales”- para referirse a casos en que se mantiene la apariencia de democracia con una vulneración constante de los derechos antes mencionados.

En ese contexto, sigue estando presente el clásico interrogante sobre la compatibilidad entre democracia y capitalismo. Son legión los autores que, desde perspectivas distintas, se han mostrado escépticos al respecto. La globalización y *financiarización* económica reforzaron ese escepticismo, al permitir que el anclaje territorial del poder económico fuera menos importante y, por tanto, menos inclinado a la solidaridad redistributiva. No obstante, recientemente observamos que la creciente concentración de talento y de capacidad en ciudades y territorios específicos, es muy difícilmente reemplazable en un capitalismo tecnológico que no facilita los desplazamientos de la industria fordista buscando reducción de costes laborales y sociales.

En esa misma línea, vemos que los estados con economías más avanzadas y con mayor capacidad de innovación y de resiliencia son aquellos que menor desigualdad tienen y que más

---

<sup>1</sup> El presente artículo fue publicado en “El País”, España, el 04/02/2020 y se reproduce con autorización del autor.

<sup>2</sup> Doctor en Ciencias Económicas por la Universidad de Barcelona, catedrático, investigador y Director Fundador del Instituto de Gobierno y Políticas Públicas (IGOP) de la Universidad Autónoma de dicha universidad. Ocupó la cátedra Príncipe de Asturias en la Universidad de Georgetown, profesor visitante en las universidades de Roma-La Sapienza, University of California-Berkeley, New York University, CIDE y UNAM en México, UBA y General Sarmiento en Argentina, y en un gran número de universidades y centros de investigación. Es miembro del consejo editorial de varias revistas españolas e internacionales dedicadas a las ciencias políticas y la gestión pública. Es miembro del Consejo Académico de TOP [ver>](#)

invierten en mejorar la educación, la salud, las capacidades culturales de sus ciudadanos y la sostenibilidad ambiental. Las economías más innovadoras necesitan altos niveles de protección social, ya que las personas que sustentan sus centros neurálgicos están sólidamente enraizados en ciudades y territorios con altos niveles de vida y de habitabilidad, buenos sistemas educativos y culturales y redes sociales densas y creativas. Democracia e innovación están sólidamente relacionadas.

Las aportaciones de Mariana Mazzucato o de Elizabeth Warren, apuntan a la necesidad de liderazgo público en los procesos de transformación tecnológica y científica, en las nuevas dimensiones del “Green New Deal” y la conveniencia de que las estructuras del capital entiendan que deben contribuir necesariamente a la mejora de las condiciones de vida de los que trabajan en sus empresas y centros de negocio cocreando valor público y no solo extrayendo ese valor para unos pocos. Recuperando, en definitiva, una idea tan simple como ahora en declive: cualquiera debe poder vivir de su trabajo. Y ese “vivir” ha de ser lo más digno posible, permitiendo mantener esperanzas de progreso social para cada quien y para sus allegados, sin hipotecar el futuro sobreexplotando los recursos naturales.

Éstas son, también, las conclusiones de Iversen y Soskice en su reciente libro sobre democracia y prosperidad. Los riesgos e incertidumbres que tenemos planteados como sociedad exigen saber combinar avances tecnológicos, nuevos caminos en ciencia y en inteligencia artificial con un renovado protagonismo de la agencia humana, evitando la sensación que toda persona acabará siendo sustituible. No se trata solo de mejorar la eficiencia de los algoritmos de los que ya disponemos, sino renovar e incrementar sus capacidades, y ello sólo será posible desde las aportaciones de complejidad que las personas somos capaces de incorporar, marcando límites, escogiendo escenarios, eludiendo lógicas de eficientismo ciego. Hemos de politizar el gran salto tecnológico y científico, y ello quiere decir discutir costes y beneficios, valorando los equilibrios entre ganadores y perdedores, situando los valores de la convivencia y el progreso social como marcadores finales. Lo que da sentido y dirección al progreso es algo específicamente humano, y no es fácilmente sustituible por la capacidad de cálculo y de aprendizaje del mundo maquinal. Más educación y cultura, más complejidad en aprendizaje y en experimentación, más igualdad en condiciones de vida y en oportunidades vitales. Más democracia en definitiva, es lo que necesitamos para seguir manteniendo un mundo en el que podamos vivir y en el que valga la pena hacerlo.